

20 cms.

R-73.732



SERMON DE EUCARISTÍA,

PREDICADO

EN LA REAL CAPILLA DE MADRID

EL DOMINGO INFRAOCTAVO

DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI,

30 DE MAYO DE 1875,

POR

el Doctor Don Francisco Sanchez Juarez,

Dignidad de Arcipreste que fué
de la Catedral de Badajoz, y hoy Canónigo de la Santa, Metropolitana
y Patriarcal Iglesia de Sevilla.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



SEVILLA, 1877.

IMP. Y LIB. DE LOS SRES. A. IZQUIERDO Y SOBRINO,
Calle Francos, números 60 y 62.

ANT
XIX
1782
/10

Ego sum panis vivus qui de cœlo
descendi.

Yo soy el pan vivo que descendi
del cielo.

(Evang. de S. Juan, VI—51.)

Señor:

La adorable majestad y la ternura inmensa del dogma que venimos á confesar al pié de los altares; la esplendorosa gloria de aquella gran figura de nuestra historia nacional, que hoy venera la Iglesia, y cuya festividad traslada esta á otro día por cantar en el presente una gloria mas alta; el júbilo de un pueblo que reanudando los hilos de sus interrumpidas tradiciones, logra verse de nuevo entre las magnificencias de su culto y en presencia de su legítimo Soberano; todo esto viene á constituir el grupo de ideas que en este instante abruma mi inteligencia, el tesoro de sentimiento que conmueve mi corazón, el secreto de una alegría que embarga el ánimo, poniendo en él las más risueñas perspectivas y las más fundadas esperanzas.

En un siglo, Señor, en que la razon humana se ha propuesto investigar con sus propias fuerzas la esencia de la Divinidad; en un siglo en que tanto han desconocido á Jesucristo las potestades de la tierra, y tanto le han olvidado los pueblos, es bello y consolador acudir bajo estas santas bóvedas, y ver

cómo la Iglesia con su autoridad, el Monarca con su poder, el Pueblo con la sencillez del alma, vienen á recordar al mundo que el Dios personal y verdadero, Aquel que Es, Aquel que tiene por nombre el Señor Omnipotente, no es otro que el Dios de la Eucaristía, el Verbo del Padre que se oculta en la Hostia de nuestros tabernáculos, esa Hostia Inmaculada, que es Jesucristo mismo, Pan vivo que desciende del cielo para alimentar al hombre, elevándole por el amor y la virtud hasta las fuentes de la vida eterna. *Ego sum panis vivus qui de coelo descendi.*

Al ocupar yo hoy, despues de muchos años, esta sagrada Cátedra, origen para mí de dulces beneficios, cuyo recuerdo quedó grabado al par en mi corazon y en mi memoria, permitidme que no consagre mi discurso todo á probaros la verdad del Misterio Eucarístico; sois vos, Señor, sucesor de Fernando III, nosotros somos hijos de unos Padres creyentes, y el mundo sabe bien que el dogma de la Eucaristía es como el resumen de nuestras creencias, la ardiente llama de nuestro espíritu, el talisman revelador de nuestro antiguo engrandecimiento. Mi mente, guiada por la fé, intentará penetrar en el fondo de ese arcano; en el vuelo de la imaginacion me atreveré hasta á colocar mi oído en las notas de sus más suaves armonías: pero me dejaréis tambien estudiar las variadas relaciones de su poder y su grandeza, y presentarle como el faro bendito y salvador de las actuales sociedades.

Sí; yo vengo á meditar sobre el misterio del gran Rey de la gloria; pero he de considerarlo despues influyendo poderosamente en la vida de las generaciones. Yo he de ensayar explicaros cómo el Sacramento de la Eucaristía ilumina al hombre con su luz, y le eleva y santifica con su gracia; pero he de demostrar asimismo cómo los pueblos que se privaron del alimento Eucarístico, única fuente del amor cristiano, van necesariamente caminando hácia su decadencia, á través de un progreso ficticio.

«Contemplémos, en suma, en ese pan de vida el secreto de amor que forma la perfeccion de las almas y que regenera los Pueblos.»

¡Oh, á quien fuera dado tomar de ahí un rayo de luz para lanzarlo en las oscuridades de la ciencia humana, y una corriente de amor para refrigerar los agostados campos de las modernas sociedades! ¡Quién pudiera hoy raciocinar con los resplandores de ese Augusto Misterio, conmover las almas con todos los resortes de su ternura, y emplear giros tan elevados y poéticos como esa naturaleza espléndida que en estos días nos brinda con la serenidad de su cielo, con la suavidad de sus áuras, con la espiga de sus campiñas, con el aroma de sus flores y con él gorjeo de sus aves! ¡Señor, Dios mio! En ese silencio misterioso los Querubines te alaban, aunque no les oímos; te adoran aun cuando no les vemos: concédenos un destello de sus privilegiados espíritus para ensalzar tus grandezas y bendecir tus misericordias! Acóge, oh dulce Jesús, nuestra ferviente súplica; que nosotros te la presentamos por la mediacion de tu amorosa Madre, á la cual saludaremos con el Angel. AVE MARIA etc.

Señor:

La Eucaristía es á la vez un milagro y un misterio: pero el milagro presenta magníficos títulos de credibilidad á la fé de los hombres, y el misterio, tan superior á la razon, nada exige de esta que contrarie las aspiraciones de la inteligencia, ni que detenga su vuelo. Diríase que los dogmas son para nosotros semejantes á la luna nueva. De la luna no vemos sino lo que alumbra el sol, así como de los misterios no entrevemos sino lo que se ha dignado alumbrar el Altísimo: pero los dogmas son una verdad como la luna llena, y nosotros habremos de gozar un día la plenitud de sus fulgores.

Por espacio de cuarenta centurias, el Espiritu de Dios, Dios mismo, el Dios Increado y Eterno, quiso descender constantemente á la tierra, comunicar con el hombre, ennoblecer su vida, alentar su esperanza, dirigir su destino. Despues de haberse manifestado tan solemnemente en el Paraiso, habla á

Noé para instruirle y salvarle, y aparece en las llanuras de Senaár para confundir otras generaciones soberbias. Vió allí todavía á un hombre justo que siguió adorándole, y en este hombre llama á un Pueblo que conservó su fé; y Aquel Dios Omnipotente y misericordioso se complace en visitar las tiendas de sus escogidos, en santificar sus oráculos, en bendecir sus Patriarcas, en iluminar sus Profetas, en darle Soberanos y Jueces, en inundar de gloria y majestad su Templo y su Sacerdocio.

Abraham oye á Dios y le bendice en los valles del Cananeo. Isaac escucha sus promesas en Bersabee y Jacob en la Mesopotamia. Moisés vislumbra su figura entre las llamas de una zarza que ni se consume ni se quema. El Pueblo de Israel, al caminar por el desierto, le percibe en la columna de nube y de fuego, en la division de las ondas del mar, en el maná que llueve como el rocío, en el agua que brota instantáneamente de la roca herida, y, sobre todo, entre los relámpagos y las humaredas del Sinai.

El Dios tres veces Santo, que llenaba los cielos y la tierra con el esplendor de su gloria, quiso ya en la antigua Alianza morar en un Tabernáculo humano; velar su esencia y su palabra en el fondo de un Arca misteriosa, tener allí un propiciatorio de oro, figura magnífica de Jesucristo, y á cada uno de sus lados un Querubin hermoso, que parecía adorar ya en dulcísimo éxtasis la Encarnacion del Verbo; formar, en fin, un Sacerdocio, de corazon tan puro como la candidez de sus vestiduras y como el brillo de las piedras preciosas que las adornaban. Él se revela á Samuel para regenerar su Pueblo: Él inspira á David para que le cante en sus Salmos: Él hace sábio y poderoso á Salomon para que extienda su Nombre y ensalze su grandeza. Y cuando de tanto poderío y de tan prodigiosos sucesos sólo ha quedado un Pueblo que gime cautivo por sus transgresiones, y un Templo sin rival en ruínas, ese Dios todavía continuará clamando á su Nacion predilecta con la sublime elocuencia del noble hijo de Amós, llorando sobre ella con

las lágrimas de Jeremías, consolando su espíritu con las palabras de Daniel, confirmandole su venida á la tierra con los proféticos acentos de Aggeo y de Malaquías, mostrándosela de nuevo en otro Templo, ménos rico pero más glorioso, haciendo, por último, reverdecer sus antiguos laureles con la triunfadora espada de los heróicos Macabeos.

Y bien, Señor; el mundo redimido por la caridad no había de ser menos afortunado que las generaciones conservadas por la esperanza. En el Antiguo Testamento, Dios se comunicó al hombre cuanto podía comunicarse; se infundió en él cuanto podía infundirse; pero aquel Dios era puramente espiritual é invisible, y no podía entrar en el corazón y en el alma sino por la virtud de la fé. Pero cuando el Eterno se dignó enviar su Verbo, consubstancial á El; cuando la plenitud de la Divinidad se ostentó sustancial y esencialmente en la humanidad de Cristo (1), entónces la presencia de Dios sobre la tierra y su frecuente union con el hombre habían de realizarse con toda su extension y su ternura en todos los momentos de la vida humana; y se realizaron, en efecto, en aquella forma graciosa y adecuada, y con aquellos arrebatadores encantos que se contienen en estas frases de la Escritura: «La Sabiduría edificó casa para sí, dispuso su mesa y dijo: venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado (2).»

Entrémos, pues, Señor, á meditar y á saborear de lleno las dulzuras del Misterio Eucarístico, que es el que imprime, por decirlo así, á la Ley de Gracia su más principal sello de superioridad y de excelencia sobre la Ley escrita.

Jesús hizo un día en la Sinagoga de Cafarnaüm esta solemne promesa: *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo: este pan que yo os daré es mi carne: el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, porque mi carne es verdadera-*

(1) *Quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter.*
Ep. ad. Coloss. II. 9.

(2) Proverb. IX.

mente comida y mi sangre verdaderamente bebida (1). Y como en Dios las promesas de ayer son la realidad de hoy, como sus palabras de misericordia se cambian siempre en actos, cuando el Salvador celebra la última cena legal del místico Corde-ro, cena que él deseaba con vehemente deseo, *desiderio desideravi*, toma un pan en sus divinas manos, da gracias al Señor, lo bendice, lo parte y distribuye, diciendo: «*Tomad y comed; este es mi Cuerpo, inmolado por vuestro amor* (2). «Toma despues el cáliz, y dando asimismo gracias al Omnipotente, lo pasa á sus discípulos diciendo: «*Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por la remision de los pecados.* (3)» Faltaba aquí la continuacion del sacrificio, la comunicacion del Sacerdocio, la consumacion del amor, y Jesucristo añade: «Haced esto en mi memoria (4).»

Los Evangelistas sellan despues el testimonio: el Apóstol de las gentes confirma la perpetuidad del milagro: los Concilios explican sin cesar el misterio: eslabónase la tradicion en los escritos de los Santos Padres, cuya síntesis es así formulada por la elegante palabra de Ricardo de San Víctor: «Incompreensible, pero cierto, *mirum sed verum.*» Y en la larga série de los tiempos, los hijos de la verdadera Iglesia confesarán ante la faz del mundo que en esa Hostia que apenas percibe la pupila está el Dios que la creacion adora: que ese Pan vivo de nuestros Tabernáculos es Jesucristo mismo que descende del cielo para purificar el alma y hacerla digna de las delicias de la eternidad. *Ego sum panis vivus qui de coelo descendi.*

Los amores humanos, Señor, llegan hasta los imposibles: los amores divinos los realizan. Bossuet dijo que Jesus murió «por la fuerza de su propio poder:» Corneille escribió en mag-

(1) S. Juan — VI.

(2) Matth. XXVI—26—Luc. XXII—19.

(3) Luc. XXII—20

(4) Idem.

níficos versos (1) «que Cristo quiso vivir perpétuamente entre nosotros por un esfuerzo de amor.» El entendimiento del hombre siempre se encontrará inferior á ese altísimo misterio: pero si una razon serena y una sana filosofía no le dan, para investigarle, luces que alumbren como el sol, le pueden, sí, suministrar, como para entreverle, las claridades de la aurora. Mi mente descubre en la Eucaristía una prueba clarísima de la Encarnacion del Verbo, porque no viendo corporalmente en ella la persona de Jesucristo con el influjo de su Divinidad, ni con el prestigio de su poder, ni siquiera con el encanto y las seducciones que le ha concedido la ciencia crítica moderna, sino mirando sólo los accidentes en que se envuelve, esos accidentes son bastantes para que mi espíritu quede suspenso, y mi corazon se enamore, y mi fantasía se arrebate. Mi mente alcanza asimismo la conveniencia de que la Encarnacion sea un hecho permanente y extendido en la humanidad, y el Sacramento Eucarístico es la difusion completa y perdurable del amor y de la inteligencia del Verbo, es el pensamiento divino que nos penetra, es el principio mismo de la vida que baja á nuestro corazon y nos anima, es la libertad perfectísima con que el espíritu sólo tiende á desenvolverse en el bien, es el Bien Sumo ejercitando toda su actividad para llenar su fin, que es glorificar el alma.

¿Qué podrá oponer la ciencia humana á la realizacion de ese sublime misterio? ¿Será la nocion de sustancia? No; porque la sustancia es cosa muy distinta de los accidentes. La sustancia es una fuerza activa, una energía latente que, segun dice Santo Tomás, «ni el ojo ve, ni cae bajo ningun sentido, y que no se relaciona esencialmente con las propiedades sensibles de la materia (2).» Así la naturaleza nos ofrecerá á cada paso sustancias cambiadas sin que los accidentes cambien, prodigios de una transubstanciacion natural y constante, desde el reino vegetal hasta el hombre.

(1) Polyeucte.

(2) Pars. q. 76—art . 7.

¿Será la noción de cuerpo? No. Si la cuantidad y la extensión son el estado ordinario y natural de los cuerpos, su esencia consiste principalmente en la fuerza íntima que les dirige y gobierna. Jesucristo sólo vive con un modo sobrenatural en el Sacramento Eucarístico; es el cuerpo espiritual y glorioso que nació de una Virgen, que sale de un sepulcro sellado, que pasa á través de una puerta cerrada. Real y sustancial como cuerpo, se manifiesta á manera de espíritu, y su presencia es comparable á la presencia del alma y á la presencia del Angel.

¿Será, por último, la noción del espacio? No. Las leyes del espacio no son hechas para el cuerpo de Jesucristo, tan simple como real. Las especies del Sacramento Augusto están ahí, delante de nuestra vista, y ocupan evidentemente un lugar, porque tienen dimensiones: pero otras especies sacramentales se elevan á millares de leguas de distancia, y Jesucristo está en todas ellas, porque el Verbo de Dios, siempre *Verbo*, siempre *Palabra* viva y fecunda, se halla por todas partes, no se limita ni se divide, y quiere infundir en la humanidad entera el soplo de su amor y los portentos de su gracia (1).

¡Oh, dulce Jesus mio! Yo sé que están en esa Hostia tu corazón y tu vida, y anhelo poseerlos porque, siendo semejantes á mi corazón y mi vida, tienes un amor puro que comunicarme, una gracia infinita con que enriquecerme y una bienaventuranza eterna con que recompensarme. Meditando sobre el Misterio de tu presencia en ese Tabernáculo, no es ya sólo la transubstanciación de la Hostia lo que adoro, sino que siento á la vez transformarse el alma y el Templo! El alma se identifica contigo: el Templo con sus luces y con sus cánticos es la luz y la armonía del Empíreo; y los silencios que en su recinto alternan son como los éxtasis del espíritu en la consumación de la gloria!

(1) Estas ideas, tan ligeramente apuntadas, sobre las nociones de cuerpo, de espacio y de sustancia, con relación á la Eucaristía, se hallan magistralmente expuestas en la preciosa obra de Monseñor Landriot, Arzobispo de Reims, titulada *L'Eucharistie*.

¡Ah, quién pudiera explicar los goces con que Jesucristo inunda el alma que le recibe dignamente! Parece allí escucharse la voz del Esposo en el Cantar de los Cantares (1): «Abreme, hermana mia, amiga mia, paloma mia, inmaculada mia, porque mi cabeza llena está de rocío y mis guedejas de las gotas de las noches.» Jesucristo, dándose al hombre en el Sacramento Eucarístico, hace con él como Eliseo con el niño á quien resucita (2): pone la boca sobre su boca, los ojos sobre sus ojos, las manos sobre sus manos, el pecho sobre su pecho. No se vé allí sino fuego del alma, ardiente, sublime, divino; ese amor, fuerte como la muerte, con el que se despoja el hombre de todo lo terreno, remontándose su espíritu hasta las regiones de la inmortalidad. El alma que anduvo siempre por la senda de la virtud, que amó desde sus albores las hermosuras del bien, se eleva con la Comunión Eucarística hasta el deliquio y el arrobamiento, pudiendo decir con San Pablo: «Ya no soy yo el que vivo, es Cristo que vive en mí (3): *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*. Así se nos presentan San Bernardo, y Francisco de Asís, y Antonio de Padua, y Juan de la Cruz y Francisco Javier. El alma que corrió largo tiempo extraviada por los senderos del mal, rebosa de inefable júbilo al verse de nuevo, por medio de la penitencia, en el camino que conduce hácia el cielo; y absorbiéndole despues la Eucaristía en la contemplacion de su propio sér, que se ha vuelto á *vestir de Jesucristo* (4), exclama con David: «Ahora comienzo, *Nunc coepi*;» «de la diestra del Altísimo proviene esta mudanza:» *Haec mutatio dexteræ Excelsi*. (5) Así fué como se ennoblecieron y se alzaron hasta la cumbre de la santidad Bonifacio, Agustín, Norberto, Juan de Dios y Camilo de Lelis.

(1) Cant. V—2.

(2) IV Reg. IV—34.

(3) Galat. II—20.

(4) Rom. XIII—14.

(5) Psalm. LXXVI—11.

Sí: esa carne virginal é inmaculada es el secreto de todo lo perfecto, de todo lo heróico, de todo lo más tierno y candoroso de la vida. Ella sabe transfigurar al hombre, acercándole al Angel. Ella fué en todo tiempo semilla fecundísima de todos los sacrificios y abnegaciones; semilla de Mártires y Misioneros, semilla de confesores y sabios, semilla de Anacoretas y Virgenes. ¿Qué importa, pues, que tanto amor sea un arcano, si en la meditacion profunda de ese arcano el hombre puede aprender en cierto modo á asemejarse á Cristo? *Christianus alter Christus?*

¿Qué es, si nó, lo que hicieron los Mártires? ¡Ah! Sostenedos por el Dios que recibian en el altar de las Catacumbas, al llegar el momento de la prueba y cuando los tiranos les preguntan su nombre, ellos confiesan gozosamente á Cristo, y mueren sin vacilar por Cristo. Y esas ofrendas generosas de la sangre y de la vida habian de sucederse en el espacio y en el tiempo, desde el anfiteatro romano hasta las soledades del Asia y de la Océania, desde el Imperio de los Césares hasta la *Convencion* y la *Commune*.

¿Qué han hecho los Misioneros Católicos? Fortalecidos con el pan Eucarístico, corren por todas partes á predicar á Jesucristo Crucificado y á propagar su Evangelio. Para ellos la montaña es siempre llana, el mar siempre tranquilo, los huracanes céfiros, las estaciones rigorosas una primavera suave. Avidos de sembrar la verdad de su fé, llevan la Eucaristía á través de los mares y de los desiertos, suspirando como Jesús, fatigándose como el Salvador, pero sin temer y sin desmayar nunca; porque su solo temor y su único desmayo es el no encontrar almas que abracen la doctrina que enseñan y que merezcan la eternidad que prometen.

¿Y qué diremos de los Doctores de la Iglesia? Un gran sábio de la mas famosa escuela cristiana de los primeros siglos, Cirilo Alejandrino, llamaba á la Eucaristía «comida que produce la inmortalidad,» «*Cibum nutrientem immortalitatem;*» y por cierto que á nadie se puede aplicar mejor esta bellisima

frase que á aquellos hombres admirables en cuyos escritos parecen reflejarse las luces de lo alto. ¡Nombres venerandos de Gregorio de Nazianzo, Gerónimo, Ambrosio, Crisóstomo, Basilio, Damasceno, Anselmo, Alberto el Grande, Buenaventura y Tomás de Villanueva; nombre más ilustre aún de Tomás de Aquino, cuya pluma y cuya lengua y cuyo corazón parecían ser inspirados y movidos á un tiempo por el Dios de la Eucaristía: decid cuanto influyó en vuestro saber y vuestros triunfos ese Misterio adorable, en el cual vuestra alma y todo vuestro sér se unían íntimamente con el alma y con el sér del mismo Jesucristo!

¿Y qué diremos de las Vírgenes cristianas, de esas angelicales criaturas que reparten y difunden como pedazos de su propio corazón la caridad de Cristo, encarnado en su seno por la Comunión Eucarística? ¿Cómo podrá olvidarse la historia de aquellas religiosas hospitalarias que, en la horrible epidemia que diezmo á la Europa en el décimocuarto siglo, después de visitar y de recibir á su Dios ante el Ara sagrada, olvidábanse de su belleza, de su juventud y de su nacimiento, para ir junto á los enfermos y los moribundos, ya arrebatando víctimas á la muerte á costa de su propia vida, ya cerrando piadosamente los ojos de los que exhalaban el último suspiro?

En ese pan de vida aprendieron, por último, los secretos de sus raras virtudes aquellos primeros moradores de las soledades, que llevaron la alegría á las aves, la feracidad á los campos, el cauce á las fuentes, la salvación al caminante; que conservaron la ciencia en el naufragio de los siglos medios, y que impulsados por la fuerza de la caridad, osaron predicar su fé hasta en las Naciones infieles, viéndose brotar de nuevo la palma de los mártires. ¡Oh! Aun cuando sólo registrasen los institutos religiosos los hechos sublimes de los hijos de Pedro de Nolasco, que devuelven la libertad al cautivo con la limosna, quedándose á veces ellos mismos por precio del rescate; de los hijos de Domingo de Guzman, que salvan á las sociedades de las violencias de los Albigenes; de los hijos de Francisco de

Asís, que viven hasta con el leproso: aun cuando solo recordásemos á Genoveva, la salvadora de París; á Hildegarda, que evangeliza la Francia y la Alemania; á Catalina de Sena, que siembra la paz en la despedazada Italia; á Teresa de Jesús, el Angel tutelar de nuestra Pátria, almas todas que alimentaban y robustecían su espíritu, su incansable actividad, su dulce abnegacion con el manjar Eucarístico, esas santas moradas serán siempre dignas de las bendiciones de todas las almas sensibles!

En este exámen, Señor, de la caridad y del heroismo cristianos, por la influencia de la Eucaristía, el último nombre que hemos pronunciado nos coloca naturalísimamente en el siglo décimosexto. Y hé aquí que en este siglo se ha encapotado densamente el cielo de la Europa. Lo que fué para el dogma de la presencia real un nublado pasajero en los siglos IX y XI, con los errores de Juan Herigena y de Berengario; lo que mas tarde fueron ráfagas de impetuoso viento con Pedro de Bruis, Lolardo, Vicleff y Juan Hus, llegó á ser en el siglo XVI el huracan desencadenado, una atmósfera llena de negras nubes, preñadas de desgracias y lágrimas. Era que el Protestantismo había aparecido en medio de los Pueblos.

La heregía protestante principió por privarse del más dulce secreto del amor de los cielos; del Misterio Eucarístico. Aquellos desdichados apóstatas, cuyo sayal ó cuyo sagrado carácter no fueron bastantes para hacerles mortificar sus sentidos, y que dejaron penetrar en su alma el hálito de la impureza; aquellos Príncipes abrasados á la vez con el fuego de la ambicion y el fuego de la sensualidad; aquellos espíritus turbulentos que no querian freno alguno ni para la razon ni para la conciencia, parecieron temblar ante la idea de tener á Dios tan cerca de ellos, é intentaron alejar á Cristo del Ara de sus altares. Y como donde Cristo no impera no alumbrá la verdad, ni alienta la virtud, ni florece la paz, desde aquel infausto dia la mente fué perdiendo la verdadera noción de lo sobrenatural, y el corazon no supo amar lo verdaderamente grande. Examinémos, sobre todo, siquiera sea brevemente,

cómo dentro del Protestantismo y en todo cuanto procede de él, la suerte de la caridad, virtud que tiene en la Eucaristía su manantial inagotable y purísimo, sufre extraordinarios eclipses en los nuevos períodos de la historia.

Con las frecuentes y acaloradas disputas sobre la Eucaristía se inauguraba entre los jefes de la Reforma el reinado del ódio. Lutero y Carlostadio rompiendo su aparente y forzada amistad; Zuinglio mofándose de Bucer; Calvino, Osiandro y Beza discutiendo con Servet, Stancaro y Westfalia; una Confesion sucediéndose á otra; las sectas fraccionándose hasta el absurdo y el ridículo, tal es el cuadro que el Protestantismo ofrece ya en su mismo nacimiento. ¿Qué había de suceder? Que el Protestantismo no podía tener amor ni en sus jefes, ni en sus ministros, ni en sus instituciones.

Un siglo de cotejo, un solo siglo de comparacion entre la doctrina protestante y la doctrina de la Iglesia bastará para establecer en el orden de la caridad cristiana la inconmensurable distancia que separa á la Religion que vive y que se nutre del Pan Eucarístico de la que ha querido rechazar ese alimento divino. ¿Sabéis lo que puede poner el error protestante enfrente de tantos Soberanos católicos que sembraron las ofrendas de la caridad en medio de sus súbditos? Un Enrique VIII, una Isabel, un Guillermo IV, un Eduardo VI, un Jorge II, dictando contra el pobre leyes de bárbara crueldad. ¿Sabéis qué ministros presenta al lado de esos Apóstoles del Catolicismo, que á costa de su reposo y de su vida van repartiendo la caridad de la palabra por el Paraguay, el Japon, el Tonquin y la China? Hombres que desechando la sábia ley del celibato eclesiástico descuidaban, por el amor de la propia familia, el amor de la gran familia humana, y que en la conquista de las almas para la fé y la gloria de Jesucristo rara vez tenian valor para pasar mas allá de donde alcanzaba la proteccion de su bandera. ¿Sabéis qué muestra el Protestantismo junto á esas mujeres superiores que embellecen nuestros hospitales, ya tocando con mano delicada la herida del guerrero y la frente del

moribundo, ya atrayendo con la oracion ó la palabra los auxilios de la gracia divina sobre el cristiano que vacila en su fé? Veréis, acaso, algunas otras mujeres, dignas de respeto sin duda; pero ni tan llamadas, ni tan queridas, ni tan admiradas, porque no se inspiran, no se fortalecen, no se embriagan de caridad, como aquellas, en el convite sagrado del celestial Esposo. ¿Sabéis, por último, si el Protestantismo ofrece algo que compararse pueda á esas Asociaciones católicas que, con el socorro material de la limosna infunden en el pobre y en el infortunado el amor á sus enemigos, el consuelo en las tribulaciones, la purificacion por el sacrificio? No; eso no lo contemplaréis jamás. Podréis ver al Estado distribuyendo crecidas sumas entre los pobres, sin conseguir que disminuya su número, y guiado exclusivamente de consideraciones políticas y de fundados temores, como sucedia en Roma: veréis tambien Asociaciones numerosas que reparten millares de libras esterlinas entre los indigentes; pero sin llorar jamás con ellos, sin curar jamás sus llagas, sin regenerar jamás su corazon, porque no han aprendido á mirarlos como hermanos en Jesucristo, á amarles en Dios y por Dios, como lo harían si participáran juntos de la misma Mesa en las gradas del Santo de los Santos. No: en vano ciertos hombres se esforzarán en falsear los hechos históricos para seducir las inteligencias sencillas. El Protestantismo no presentará nunca ni una Isabel de Portugal para el pobre, ni un Francisco de Paula para el poderoso, ni un Francisco Javier para el idólatra, ni un Juan de Dios para el enfermo, ni un Vicente de Paul para el expósito, ni un José de Calasanz para el niño, ni una Angela de Brescia para hacer brillar el pudor sobre la frente de la Virgen, ni un Felipe de Neri, en fin, para esclarecer más y más el talento de los sábios.

¿Temerémos, pues, nosotros que el error protestante, que vive, aunque con muy pobre vida, en nuestras mas populosas ciudades, pueda vencer á la verdad católica en el terreno de la discusion y de la ciencia? ¡Oh! No por cierto. Lo que debemos temer es á ese pobre corazon del hombre que se doblega

ante las pasiones, que es deslumbrado por la ambicion, y que suele venderse al oro. En la lucha de la verdad contra el error, la verdad alcanzará siempre la victoria definitiva: mas ¡ay de mí! ¿quién puede prever las defecciones, las flaquezas y las desventuras que habrán de sucederse en el curso del combate? No; no tememos al Protestantismo como doctrina: él, sin prestigio y abandonado en nuestros mismos días de muchos de sus hombres más célebres, está representando en la Europa el papel de un rey usurpador, muchas veces vencido, que mendiga alianzas adulando bajamente, y apenas recibe algunas buenas palabras en atencion á su desgracia. El Protestantismo —permitidme lo vulgar de la comparacion—viene haciendo, há largo tiempo, como la liquidacion de sus principios: es la almoneda de un establecimiento que va á realizar sus géneros, y, por estar averiados, se les añade otra mercancía que escite la codicia del comprador. Así la propaganda protestante ha inundado de libros nuestras ciudades, y muchos han aceptado esos libros, porque de las premisas que en ellos se sientan se sacan necesariamente, en la esfera especulativa el Naturalismo y el Racionalismo, y en la práctica el Socialismo y el Comunismo, tan funestamente fascinadores para todos los que sueñan con los goces de la vida y no aman el trabajo.

Porque no es posible dudarlo. El Protestantismo está fielmente retratado en aquel mal espíritu de que habla la Escritura (1), «que, andando por lugares secos y no hallando reposo, toma consigo otros espíritus peores que él, para volver con ellos á vivir en su morada.» De esa audáz heregía, que habia negado el más consolador secreto de la vida de Cristo, surgieron á poco aquellos hombres soberbios que negaron la divinidad del Salvador, y á los que Fáusto Socino dió su funesto nombre en la historia. De los que habian negado la divinidad de Jesucristo salieron despues los que le odiaron; aquellos filósofos del siglo XVIII, mitad deistas, mitad ateos, que tanto ca-

(1) Matth. XII—45.

lumniaron á la Iglesia católica. Y de los que odiaron á Jesucristo y á su Iglesia provinieron seguidamente aquellas turbas que aborrecían también la humanidad, y que barriendo como tromba asoladora los fundamentos en que descansan las sociedades, vertieron tanta sangre inocente, y causaron al mundo tan indecible espanto; tremendo cuadro, Señor, que ha vuelto á contemplar, horrorizada, la Europa, que nuestra misma Patria ha presenciado, y que—triste es decirlo—habrá de repetirse de una manera periódica en tanto que la fé, la Religión y la caridad de Cristo no ocupen el primer sitio en la vida social de los Pueblos.

Acaso el Protestantismo no imaginó jamás ocasionar tanto daño: pero todo esto se originó de aquella heregía soberbia, que quiso dejar tan libre el pensamiento humano como agostado y seco el corazón. Y si de este orden de ideas, por desgracia más conocido de todos, quisiéramos entrar en el terreno puramente especulativo, veríamos cómo el error protestante, negando la transubstanciación Eucarística, vino luego á informar la razón filosófica de los siguientes siglos, hasta el punto de que las escuelas racionalistas se pierdan y se agiten en el vacío y el delirio. Ciertamente que la filosofía moderna, cuando no ha llegado á la abyección postrera, á las degradaciones materialistas, os dirá que admite un Dios, y que le ensalza y adora. Pero ¡ah! ¿qué Dios es ese, que, según el Naturalismo, es el instinto, la necesidad ininteligente que mata la libertad humana: que según el Idealismo, no es la causa primera y única de cuanto existe, anterior al mundo y á la naturaleza, sino que solo principia á existir cuando el hombre lo piensa y lo crea: que, según el escéptico, ni se revela, ni se concibe, ni se define, ni se afirma? ¿Qué Dios es ese, que, en las relaciones del entendimiento, nunca detiene los ímpetus de una razón orgullosa: que en las borrascas del corazón jamás acierta á calmar las olas de las pasiones, que cuando el espíritu desmaya nunca le fortalece, y cuando sobreviene el infortunio jamás le infunde resignación ni esperanza?

Pero hay más todavía. De todo este conjunto de aberraciones y monstruosidades ha salido lo que gráficamente se llama el espíritu moderno; espíritu de independenciamiento contra Dios y contra su Iglesia, encarnado en el seno de la sociedad contemporánea. El Protestantismo puede, por tanto, gloriarse con razon de ser el punto de partida de ese espíritu fatal, de ese mentido progreso: nosotros le cedemos todo entero este honor, porque el espíritu moderno, y, de consiguiente, el progreso moderno sólo viene á consistir en una mera cultura peligrosa y estéril, cuando no es la rebelión abierta y declarada contra la autoridad y el orden. Y aquí es la ocasion de afirmar y sostener que la civilizacion verdadera es la hija mas querida de la Iglesia católica, «círculo—dice Chateaubriand—que se agranda á medida que aquella se dilata, y que no ahoga ciencia alguna ni libertad alguna.» Porque ¡qué de cosas grandes, de descubrimientos magníficos, de gigantescas creaciones, no produjo la Iglesia antes del siglo XVII! ¡Y qué de grandezas y maravillas no hubiese ella realizado, á no haberla detenido el error protestante en su majestuosa marcha! Que no nos dé, pues, en rostro la incredulidad con los adelantos de nuestra época; porque el catolicismo tendría, sin la emancipacion del pensamiento humano, todos esos adelantos, y tendría, además, algo más útil y fecundo. Tendría la razon, mas la fé; la ciencia, mas la humildad; la libertad mas la obediencia; la riqueza mas el desinterés: tendría, en una palabra, la actividad del entendimiento, mas los sentimientos morales y religiosos.

Pero el Catolicismo, Señor, no puede entender por civilizacion ni traducir por un progreso legítimo esos extravíos de la inteligencia, esa fiebre del corazon, esas excitaciones de los sentidos en que se revuelve y se enerva la sociedad contemporánea. Al resplandor de esas luces fantásticas que alumbran nuestras ciudades, apenas distinguimos un cuadro que consuele el espíritu; una mirada al cielo, una oracion del alma, un rasgo de caridad y abnegacion. En cambio, veremos por todas partes mil apariciones siniestras: naciones que se empobrecen,

razas que se destruyen, poderosos que se alimentan de la sustancia del pueblo, ricos que no buscan en derredor necesidades que socorrer, pobres que no aman la resignacion y el trabajo; un indiferentismo que asemeja el corazon humano á esos árboles estériles y casi secos, que ni vejetan ni dejan vejetar á las plantas que les están cercanas; un egoismo que todo lo quiere siempre y nada concede nunca, y que hace parecerse al hombre que lo abriga al reptil, animal tambien de sangre roja, pero fría. Y para remediar tamaños males—ya os lo he dicho—sólo nos encontramos con una ciencia racionalista y atea, que con sus más recientes y peregrinos ensayos, ha pretendido descubrir, en no sé qué evoluciones sucesivas de las especies, todos los secretos de la creacion y de la vida, si bien ignora hasta las mas sencillas nociones de la religion y la virtud, y no sabe deciros cuanto valor tiene un alma por su origen y por su destino. «¡Oh, raza humana—diré con unas palabras inimitables del Dante—raza nacida para volar tan alto! ¿cómo caes de este modo al menor viento?» (1)

No; el Catolicismo no puede regocijarse de semejante progreso; y precisamente por lamentarse de esa civilizacion tan decantada, por condenar ese espíritu moderno, que no es creyente ni humilde, la Iglesia católica y su Pastor Supremo sufren, há largo tiempo, las acusaciones y asechanzas de numerosos enemigos. Pero ¡ah! ellos dicen como el Apóstol: Si Dios está por nosotros, ¿qué podrá nadie contra nosotros?» (2) Si Jesucristo vive en nuestros tabernáculos y está siempre pronto para bajar á nuestro corazon ¿qué importan los peligros, ni las persecuciones, ni la espada? «Nada será bastante á separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Señor nuestro» (3).

Porque la Eucaristía, que es un misterio de intensísimo amor para los hombres, y que tanto engrandece á los Pueblos,

(1) Purgat.

(2) Rom. VIII.

(3) Ibid.

es asimismo ¿cómo no había de serlo? un secreto de poder para la Iglesia, un escudo invencible donde todas las armas se embotan y todas las soberbias se confunden. «Por el Sacramento del Cuerpo de Jesucristo fué subyugado el mundo;» (1) y por El «permanecerán firmes las columnas que sostienen el edificio Católico.» (2) Mientras Jesucristo viva en el templo, la Iglesia no puede sucumbir; y nunca han de faltar Sacerdotes que tomen la Hostia en sus manos, y hagan con su palabra que Jesucristo descienda sobre aquella Hostia. Por eso se instituyó muy principalmente la fiesta de la Eucaristía; para destruir el error, y para arrebatarle toda sombra de esperanza de conseguir jamás victorias decisivas. Por eso se ha establecido la adoración perpétua del Sacramento Eucarístico; para hacer ver al incrédulo y al impío que Jesucristo reinará de un modo real, positivo é incesante en la humanidad, hasta que la humanidad, salvada por el amor de Jesucristo, suba á reinar con El en mas venturosa pátria. A los resplandores del trono Eucarístico, y entre las espirales de incienso que suben á los cielos, el entendimiento del hombre se elevará en busca de la verdad, guiado siempre por la fé, y veremos cómo nunca se interrumpe esa cadena de verdaderos sabios que en los últimos siglos nos enseña tantos nombres inmortales, desde Belarmino y Bossuet hasta Wissemán y Balmes. Al eco de esos cánticos de infinita ternura que en todos los ámbitos de la tierra se entonan á Jesus Sacramentado, se alzarán hasta Dios tantas lágrimas de dolores que se resignan, tantas acciones de gracias de deseos purísimos cumplidos, que ellas digan al mundo con sobrehumana elocuencia: «solo allí mora el Bien; solo en Cristo debemos poner nuestra esperanza; solo del cielo vienen esos avisos saludables, esas corrientes eficaces que de continuo traen á la Iglesia católica millares de hijos que vivian á la sombra de falsas religiones.» En la santa embriaguez de la Cena Eucarísti-

(1) S. Agust.

(2) S. Buenav. de præparat. ad M^{es}.

ca es donde únicamente seguirán formándose esos corazones que enferman verdaderamente de amor; de amor á Jesucristo para colmarle de adoraciones eternas; de amor á los hombres, hasta el punto de vivir para ellos, de implorar la caridad para ellos, de morir, si es preciso, por ellos. ¡Oh! ¿donde, sino en la Religion que distribuye la Eucaristía podría encontrarse algo que se igualara, digo mal, algo que se pareciera á las Conferencias de San Vicente de Paul, á las Hermanitas de los Pobres y á los Colegios de las Misiones para el Nuevo Mundo?

Resumiendo, Señor, las ideas enunciadas, diremos que solo las virtudes cristianas, y muy especialmente la virtud de la caridad son hoy la única solucion de todos los problemas insolubles para la ciencia humana sobre el mejoramiento moral de nuestras sociedades: y estas virtudes salvadoras no existen, ni se comunican sino en el seno del catolicismo, en esa Hostia Inmaculada, donde vive realmente el Hombre Dios. Vengan, pues, todos los hombres, henchidos de confianza y amor, ante el Altar Eucarístico, para recoger los fundamentos y los resortes de su dicha. Aquellos que dirijen los destinos de los pueblos aprenderán ahí á darse á todos, como se da Jesucristo, no distinguiendo para la elevacion de los hombres, sino sus méritos y sus aptitudes, ni atendiendo en todas ocasiones sino á la gloria de la Religion y al engrandecimiento de la Patria. Los súbditos, reconociendo en el Dios de la Eucaristía la fuente eterna de todo derecho, comprenderán que solamente la virtud de la obediencia, la sumision á toda autoridad legítima, puede procurarles la hermosura de la paz y un bienestar seguro; sin que los malvados logren ya convencerles de que la libertad consiste en otra cosa que en el desenvolvimiento de las facultades humanas dentro de la justicia, dentro de la equidad, dentro de la prudencia, dentro de la honradez. Los ricos, recibiendo á Aquel que decia á los pobres y los desgraciados: «Venid á mí, los que trabajais y estais fatigados, que yo os consolaré, (1)» experimentarán bien pronto que solo se en-

(1) Matth. XI—28.

cuentra la tranquilidad en la opulencia cuando se difunde como óleo santo la limosna entre los infortunados del mundo. El pobre, acercándose á la Mesa Eucarística, poseerá á Aquel dulce Jesus que le recuerda la cuna de Belen, el sosiego y la felicidad de Nazareth, y sentirá allí que su frente está circundada de una doble aureola, como el doble anillo del planeta Saturno. Hasta el filósofo que en el orgullo de su razon buscó al Sér Universal, al Sér Absoluto, al Sér Ideal, sin conseguir hallarle, percibirá en la Comunion Eucarística al Dios real y verdadero, que solo baja hácia el hombre por la humildad y el amor; Dios de tal modo Absoluto que es la Sustancia en Sí, de tal modo Universal que conserva la personalidad del Sér, de tal modo Ideal que no es una mera nocion, sino una entidad concreta.

Tal es, señor, el Verbo de Dios, que no contento con haberse encarnado en un momento histórico y providencial en la naturaleza humana, anhela encarnarse de continuo en cada una de las criaturas inteligentes y libres. Tal es el Sacramento de nuestros altares, que mostrándose como el supremo esfuerzo del poder y del amor, como la mas alta expresion de la vida divina en la conciencia religiosa, realiza los inenarrables secretos de la perfeccion de las almas, y extiende por toda la superficie del mundo los pasos hermosos y benditos de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien. Las Religiones y los pueblos que no admiten ese misterio adorable, se han apartado de la verdadera Iglesia de Cristo, fuera de la cual todo es soberbia en el individuo, soberbia *teosófica ó racional*, esto es, la pretendida *iluminacion interior* ó el *libre exámen*, y, como consecuencia de esto, esas tendencias materialistas ó esos cristianismos ideales, sobre cuyos mezuquinos fundamentos toda gloria que se edifique es efímera, toda prosperidad aparente, todo poder ambicioso y todo progreso estéril; porque el mundo no puede progresar realmente sino bajo el amparo de la Iglesia Católica, única que consagra en sus Aras, que guarda en sus Tabernáculos, que reparte entre sus hijos á

Jesucristo mismo, pan vivo que desciende del cielo, para engrandecer y para purificar nuestra alma. *Ego sum panis vivus qui de coelo descendi.*

Algunos momentos más, y termino, Señor, este discurso. He mencionado al principio la gloria de Fernando el Santo, y es muy justo consagrar rápidamente un elogio á aquella existencia preciosísima que parece colocada entre dos luces inmarcesibles; la luz de su primera Comunion y el resplandor de su Comunion postrera. Desde que aquel Monarca inolvidable recibió en su seno el pan de la Eucaristía, su frente apareció sellada con dos sellos misteriosos; el sello de la humildad y el sello de la pureza: y si algo se les podía comparar en hermosura y en brillo eran otros dos sellos indelebles, esculpidos en su corazón y en su semblante; la justicia, que denotaba al representante de la autoridad divina, y la caridad, que hacía recordar constantemente á sus súbditos á aquel Padre comun que está en los cielos. Y como la verdadera humildad no apaga la centella del genio, antes la hace mas viva, la gloria de aquel Rey fué una gloria imperecedera y bendita. Como la castidad es el heroismo incomparable con que el hombre sabe vencerse á sí mismo, el ejemplo de aquel Rey fué un ejemplo bienhechor y fecundo. Como «la justicia consolida los reinos y eleva las Naciones, (1)» Fernando logró hacer de la España un Pueblo fuerte, y asentarle sobre bases de sabiduría. Como la caridad es la esencia de la vida cristiana, aquel corazón tan grande solo guardaba en su fondo el secreto del gran Rey de la Gloria para difundirlo despues entre sus compañeros de armas y entre el desventurado y el pobre como rayos de luz.

¡Y qué celo el de Fernando el Santo por la Religion de Jesucristo! ¡Qué consideracion y qué respeto hácia los Sucesores de los Apóstoles! ¡Qué veneracion y qué amor para con el Pastor Supremo de la Iglesia! Fernando busca siempre en la Religion su sombra y su apoyo, y las primeras palabras que

(1) Prov. XIV. 34.

pronuncia al acometer sus empresas son ya un grito de triunfo: «¡El Señor es mi ayuda:» *Dominus mihi adjutor* (1). Fernando se rodea de virtuosísimos Prelados que le guíen con sus oraciones; que le den con sus propias manos, y ante su ejército y su pueblo, la hostia consagrada; que con él coloquen la primera piedra de suntuosas Basílicas: y en esa alianza del báculo y el cetro se robustece la fé y va constituyéndose la nacionalidad. Fernando es hijo sumiso y reverente del Vicario de Cristo, porque está cierto de que amarle á él es amar á Jesucristo mismo: sabe bien que la memoria de la Eucaristía es inseparable de la fé y de la piedad de Pedro, que así exclamaba cuando la promesa Eucarística alejaba del Señor á algunos de sus discípulos. «Señor ¿á quien sino á Tí iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna» (2).

Y de tal carrera, tal fin; de tan ricas virtudes, tan hermosa corona. ¡Qué muerte, Señor, la de Fernando III! ¡Aquello no fué muerte, fué un tránsito! El Rey que había vivido con la vida de Cristo, se arroja del lecho para recibir el último Viático: toma un Crucifijo con una de sus manos, como para contemplar mejor la figura del Hombre-Dios que viene á visitarle; sostiene con la otra una candela, como para alumbrar el camino de la eternidad; queda por algunos instantes en éxtasis; entona despues un Himno, con acentos que no son ya de la tierra, y exhala aquel postrer suspiro que eleva su alma á Dios, y que bastó á su pueblo para contarle, aun antes de la declaracion de la Iglesia, en el número de los Santos.

Señor; entre el comienzo de vuestra vida de Rey y el de la vida del hijo de Berenguela, nosotros descubrimos algunas analogías y algunas diferencias notables. ¡Plegue á Dios que unas y otras puedan servir de estímulo á vuestras virtudes y de pedestal á vuestra gloria! Habeis venido al trono de vuestros mayores á la edad en que subió á él Fernando de Castilla. Ha-

(1) Ps. CXVII. 7.

(2) Joann. VI. 69.

héis encontrado un Pueblo donde todas las inteligencias serenas reconocen vuestro derecho, y todos los hombres desapasionados apoyarán vuestro poder, y todos los corazones os aman; pero un Pueblo trabajado todavía por la division y la discordia. Tenéis, como San Fernando, una Madre cariñosa y solícita, que puede daros mil provechosos consejos, envueltos en el perfume de ese amor maternal, tan puro y tan intenso, que casi alcanza intuiciones sobrehumanas. Pues bien. ¡Que ese pan celestial haga tan recto el espíritu del adolescente y del hombre, como lo fué el de Fernando III; y que la Hostia Eucarística que ha de ser hoy llevada en triunfo por esas galerías, trayendo á la memoria las antiguas procesiones de Oriente, envíe sobre la estancia en que habitais tal aliento de gracia y de virtud, que guarde siempre la pureza de vuestro corazon, tan necesaria para la salud del cuerpo y para la alegría del ánimo! ¡Que el Dios de la Eucaristía ilumine vuestro entendimiento para elegir los hombres de vuestro consejo, á fin de que estos, atrayéndose voluntades con las manifestaciones de una religiosidad sincera, de una justicia inquebrantable y una probidad sin tacha, puedan hacer de este Pueblo dividido, aquel gran Pueblo que llenó los mundos con su historia! ¡Que el Dios de nuestra fé conserve la vida de vuestra católica Madre, á la que amamos tantos corazones agradecidos, para que pueda prodigaros las ternuras de su corazon y las lecciones de su experiencia, hasta que logre bendecir á los hijos de vuestros hijos!

Entre las diferencias, Señor, solo he de fijarme en una que impresiona fuertemente mi alma, porque dice relacion al Sacramento Eucarístico y á la persona, por tantos títulos sagrada y augustísima, de cuyas manos por primera vez le recibisteis. Los Reyes del siglo XIII asistieron al apogeo de las glorias del Pontificado; Vos presenciáis el colmo de sus desgracias y sus abatimientos: pero Vos seréis tan fiel al Vicario de Cristo en su infortunio, como lo fueron en la cúspide de su grandeza Alfonso VIII, Fernando el Santo, Jaime I y Alfonso X. Acaso os estáis representando en este instante la tierna y conmove-

dora escena de vuestra primera Comunion, que estará grabada en vuestra memoria como un arco iris perpétuo. Conculcado estaba entonces vuestro derecho, y tal vez presentísteis en aquel acto solemne la hora de la reparacion. Conculcado está hoy el derecho del Pontífice Rey; pero sois tan jóven, Señor, que habéis de ver lucir para él el día de la justicia. ¿Qué digo Vos? Quizás le veamos lucir nosotros mismos. Paréceme que oigo de los labios del Venerable Anciano aquellas hermosas frases «¡Señor! ¿á quien sino á Ti irémos?» Y podrá ser muy bien que Jesucristo, antes de visitar á Pio IX en su lecho de muerte, se digne devolverle sus esplendores de Rey en la ciudad donde reside. ¿Quién sabe? Hay sobre nuestra cabeza como una atmósfera de misterio que suspende nuestro espíritu, un cielo de esperanzas que consuela nuestro corazon; y en el conjunto de cosas extraordinarias que viene contemplando el mundo y que conmueve la Europa, se nota algo de secreto y escondido donde todo espíritu creyente confía en que ha de aparecer muy pronto el dedo de la Providencia.

En fin, Señor, que vuestra vida sea como la vida de Fernando III, tan llena de candor, tan rica en glorias, tan santa y tan fecunda; solo que sea mas larga que la de aquel gran Rey, que tuvo un fin temprano. Pero que vuestra muerte sea exactamente como la de aquel excelso Monarca; muerte cristiana y edificante, en la que fortalecida el alma con la Hostia de la Eucaristía, confundida con el Cuerpo y el espíritu de Cristo, al dejar la Majestad de la tierra ganeis una Majestad mas alta en los reinos de la inmortalidad.

Acudámos ahora todos, para buscar la felicidad verdadera, allí donde ésta nace y donde se consuma; en la fuente del Sér y de la vida, en la esencia del Bien, en la Verdad Eterna, en el Amor Infinito. Lleguémos con frecuencia ante el altar cristiano para recibir á ese Dios hecho Hombre, y dejemos para cuando subamos al cielo el entenderle. Hagamos como aquel Rey que no pudiendo sondear un abismo que absorbía el agua de caudalosos rios, se arrojó en él, exclamando: «¡Oh abismo! No pu-

diendo sondearte, recibeme en tu seno.» *¡O abysse! Cum te capere non valeam, tu me récipe.*

Y á Ti, ¡oh Rey inmortal de los siglos! Increado, Ingénito, Inmenso, Omnipotente: á Ti, oh Verbo Divino, generacion eterna, necesaria é inmanente de la Sabiduría del Padre, que bajo las mas augustas especies ahí te ostentas rodeado invisiblemente de millares de Serafines, Querubines y Tronos: y á Ti, en fin, Espíritu Paráclito, eterna, necesaria é inmanente expiracion del mútuo amor del Padre y el Verbo, sean dados honor, bendicion y gloria, por los siglos de los siglos. AMEN.

